

los motivos de rancagua

LA BANDERA LACRE

(Por el Coronel (R) Edgardo Andrade Marchant)
Al cumplirse 158 años de la gesta heroica de Rancagua, entregamos este trabajo, que muestra un ángulo distinto de ese hecho histórico.

—¡Yo les digo a ustedes que me gusta el último!

—¡Pero yo prefiero el segundo; de defender la Angostura de Paine! ¡Es una posición ideal! En cuanto a la primera idea de defendernos en el Llano de Maipo, no me gusta, porque el vecindario de la capital va a estar derrotista. ¡Bien conocen a los maturrangos hipócritas que hay en Santiago!

Los velos orden en los condelabros de plata maciza y llenos de polvo. Un hombre moreno, de perfil de estatua, saca sable en cada palabra. Otro, más alto, moreno también y con patillos luce los galones de Brigadier. Tiene las palabras rápidas como corcel encobritado de húsor. Tres rostros más hacen sombra café en la penumbra negra del rincón.

—Y, usted, señor don Bernardo, ¿qué dice?, ¿qué opina de estas cosas? Pregunta el húsor alto.

Se anima la figura silenciosa, escudada en la silueta de su compañero de mesa. Saca adelante su cara blanca mordida de rojo en las mejillas, y de rizos rubios desgreñados. En el brochazo de luz, dice con ímpetu: ¡Yo creo, Brigadier Carrera, que el tercer plan es el mejor, pero yo lo completaría!

—¿De qué manera?
—¡Pues bien! Si nos derrotan en el Cachapoal, y nos encerramos en Rancagua, otra parte de los patriotas debe caer so-

bre la retaguardia realista, apenas se inicie el combate.

—¡Tiene razón, don Bernardo!
—¡Claro, Su Merced, completa el tercer plan!

—Entonces, tú Juan José, te vas con tu División, siempre con la de don Bernardo. Y, Luis, andará conmigo para efectuar el plan. Voy a dar las órdenes para avanzar, entonces, ¡hasta la ribera del Cachapoal!

De afuera, llega el grito ululante de los centinelas y ladra un perro a la distancia. Se abre la puerta y salen los jefes embozándose en sus capas, porque muerde un poco el frío de la noche, y la luna está arrebozada de nubes. La casona del fundo está maciza de silencio, y blanquea sobre la oscura masa del bosquecillo de nogales y olivos. Los cerros tienen curvas de mujer dormida sobre la tierra madura y olorosa de lluvia. Un farol de la ronda, se balancea en el camino hacia el campamento, mientras detrás, andando hacia el destino, marcha este don Bernardo.

Amanecer lechoso sobre las cuchillas de granito, y dardos rosados, para espantar los últimas estrellas. Cielo de nácar que se va dorando poco a poco. Relinchan los caballos al morder el pasto entrelado. Una patrulla viene a todo galope por el camino real.

—¡Alto! ¡Quién vive!
—¡Chile libre!



—¡Adelante! ¡El Brigadier está levantado ya! ¡Paso, para la caballada de los Dragones, antes del alba!

Taca, taca, taca, taca, cantan los herraduras del galope lento, sorteando los carpas. ¡Allá está don Bernardo! Ese, embozado, que conversa con el Capitán Freire, y que come a pedazos, un pan caliente de la primera homada de las cosas blancas. Rico, también el ulpo en leche, que come Freire en desayuno, mientras la tropa está abrevando el ganado en el estero, y se asan los cuartos de vacuilla, para cuando vuelvan.

—¡Noticias, Brigadier! De la patrulla del Capitán Anguita!

—¿Y, eh?
—¡Se quedó tanteando al enemigo! ¡Y me mandó adelante con tres hombres de tercerolas!

—¡Habla, y después desayunas!
—Los realistas, abandonaron el campamento de Requinoa, anoche, como a las nueve, y han puesto caballería en los vados de El Roble y de la ciudad.

—¡Ya entendí!, —interviene O'Higgins—. ¡Ya lo veo claro! Este Osorio, quiere engañarnos, para pasar tranquilamente por el paso de Cortés y avanzar contra Rancagua!

—¡Y, meterse entre nosotros y la División de don José Miguel! ¡No es tan torpe, Osorio! —Habla Freire, con cañudo gesto.

Media hora después, tropas de caballería patriota, galopan hacia los vados para molestar la marcha de los maturrangos. Suenan los cornetas y corre la gente para meterse en las mochilas. Se cruzan los oficiales de órdenes; roncans los gargantos dirigen la alarma y se van formando los cuadros; la impedimenta se mete en las carretas y en los lomos sufridos de los machos y mulas; está listo el campamento, y don Juan José está al lado de don Bernardo. ¡Paso forzado!, gritan a la cabeza, y se van dando espaldas al rumor del río, mientras la retaguardia cambia tiros lejanos con los ¡netes de Elorreaga, que ya cruzaron hacia el norte. Desfila el último soldado, y se quedan los cuartos del desayuno, dorándose solos en el fuego de monte oloroso y lleno de humo. Los perros ladran desafiadamente, y las mujeres del fundo se santiguan, y rezan, porque la muerte de quadaña y saca de tinieblas, avanza detrás de la columna, borrando las pisadas de los patriotas.

Se ve la villa de Rancagua, con sus techos de paja, con sus techos principales de teja lacre. La ancha torre de la plaza hace el signo de la cruz sobre el cielo desnudo. Pica el sol, como nunca, y las abejas de octubre buscan, polen en los huertos colorines y risueños.

—¡Una trinchera aquí! ¡en la calle de la Merced, con usted, Capitán Sánchez! ¡Tome cien hombres y dos cañones!

—La otra, allí en la calle San Francisco, con usted, Capitán Millán! —espérese, también, con usted, Capitán Astorga. ¡Tomen doscientos bravos, y tres cañones!

—La calle... esa...

—¡Calle de Cudra, Brigadier!
—¡Eso, entonces, para usted, Capitán Molina, con dos cañones y ciento cincuenta patriotas!

—¡Y la última bocacalle, que da a la plaza, para el oriente, con usted, Capitán Vial, y cien rotos y dos cañones!

El grupo de hombres se reúne en el miradero de la torre mercedaria, y flota sobre el oleaje de techos y durazneros, rosas y perales de flor blanca, guindoles de corolas locas. El paisaje verde dorado con la lluvia de sol. Se ve la Alameda llena de copas altas. El camino real con su cinta polvorosa, amarrando la perspectiva para el norte. Allá está Don José Miguel; probablemente, detrás de esa lama, y de esos diamos. Para acá, está Osorio, porque sonaron unos tiros detrás de esas zarzas lejanas. La mañana es para vendimar luz, y echarse sobre la tierra como de bruce en un panal; para tenderse debajo de los huertos y dejarse besar por la brisa.

—¿Quién dijo, que hoy pelearían morriéndose las aortas?

—¿Cuál, mujer medrosa, está encendiendo velos a las animitas del salteo de la pasada del río?

Si la mañana trae timbaleros de librea tocando sus élitros sobre los jardines pesados de lilas, de claveles moñudos y de lirios de rosa.

Quizás, si sean los hombres de la torre, asomados por los ventanales curvos, o los ventanales asomados por la vida de esos hombres hasta un paisaje negro, con cenizas rojas.

—¡Una bandera lacre aquí! Dice, Don Bernardo, Guerra sin cuartel, con heridas anchas para sembrar la muerte.

Bajan de la torre y suenan los escalones como tambores de madera. En el centro está la caballería, y Freire, acaricia su alazán. Para un lado la vieja Rebeca tiene bajo los techos, los calderos con agua hirviendo, para lavar heridas. Diez mujeres del pueblo, traen conastas de vituallas hasta una casa de balcones por donde entran y salen oficiales y ordenanzas. Es el hospital de sangre que se instala en las piezas que tienen todavía el vaho de novenas y sahumeros para la buena cosecha, para que venga el novio de la mayor, para que se vayan las viruelas locas del pequeño, para que el tío Antonio, deje en testamento los potreros de la puntilla.

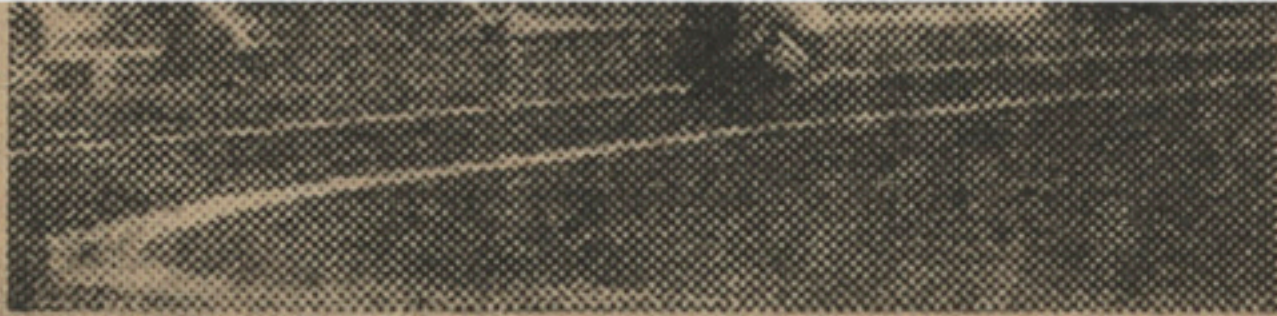
—¡Están contados nuestros hombres, Brigadier O'Higgins!

—¿Cuántos son Astorga?

—¡Sólo 1.700! ¡Más de mil de Don Juan José, no pudieron entrar a la villa, y se han replegado hacia las tropas de don José Miguel!

—¡Están sólo los míos, entonces! ¡Mejor! ¡Es como si combatiera con mi propia espada! —Mira alrededor, y están Freire y sus ¡netes en medio de la plaza. Las trincheras, taponando una isla de valientes con sus Capitanes huraños. Los techos con tiradores moriendo sus cartuchos ácidos de pólvora. Los cañones de fauces de bronce y vozarrón de trueno. Cuatro banderas, que quieren ser soldados, y soldados que quieren ser banderas.

Son las nueve de la mañana y empieza el preludio suave de disparos. Nubecillas de algodón blanco hacen la primera salva de aplausos, y a las 10, con puntualidad de apuro, suenan los brancos de la orquesta. Avanza Osorio, contra las bocacalles, y gritan y pelean los gritos mismos de los hombres. Es un barco de fiesta pintado escoriato, con velos amarillos, que resiste la marejada de uniformes blancos con adios y rencores negros. Los



ha estructurado
ción física en
solicitud del Es
físico de los ci
miento deporti
educación física

10) Revista EL SIGLO